

VISA ORO VERSUS MOZART

La noche comenzaba a refrescar. No era una fecha cualquiera. El dos de julio era el día en que Juan cumplía cuarenta y siete años. Ana no tenía ni un euro en el bolsillo. ¿Qué regalo hacerle? ¿Tal vez algo de Mozart? Salieron del restaurante en el que Juan había pagado la cena con su visa oro. Iban por la avenida en cuya esquina estaba el cajero automático con la mejor sonoridad de toda la ciudad. Ana lo sabía perfectamente. No en vano había llevado allí a cada una de sus pocas amigas para que observasen su progresión en el bell canto. Ana paró en el cajero y de repente cogió a Juan por la mano, arrastrándolo hacia el interior del mismo. Lo puso en frente de la pared, mirando hacia la máquina de dar dinero, y desde el otro extremo del receptáculo comenzó a cantarle “Plazido il mar” de Idomeneo (Mozart).

Al día siguiente una gran cola que crecía más y más se había formado en la sucursal, pues esa mañana se corría el rumor de que el cajero de la Plaza de las Palomas daba más dinero del que uno pedía. Y era verdad. El cajero no hacía más que dar grandes cantidades de dinero. A medida que pasaba la mañana no pudo más y reventó de euros. La entrada de la sucursal del banco nadaba en euros que salían volando por la puerta. Delante de ésta la cola se deshizo formándose una gran masa de gente que cogía por el aire el dinero en aquella mañana de viento. Personas de la más diversa condición llenaban sus bolsillos de cientos de euros y acto seguido iban a las tiendas a

gastarlo. Pero no crean que les movía un impulso absurdamente consumista. Cada uno iba directo a comprar aquello que necesitaban sus seres queridos. Nadie compraba para sí mismo, ni cosas superfluas, sino que suplían las carencias de los demás. Todos llegaron a casa con la pertinente dádiva. Y tras el regalo todos recibieron un beso. Así esa misma mañana la ciudad se llenó de ruidos de besos que componían una melodía que sonaba a ¿tal vez algo de Mozart?